

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trms. Extranjero ptas. 6 trms.

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES
Escudillers Blancs, 3 bis, bajos.

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES
Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

Crónica diaria.

La Sociedad de Londres en la Exposición lunar.

Una de las instalaciones que más llama la atención de los inteligentes es la que presenta la venerable Sociedad de Londres, la más importante por su antigüedad. Dierse que al tomar parte en esta Exposición ha querido hacer gala de su antiguo y noble abolengo. Esta Sociedad, que tiene la gloria de haber contado entre sus miembros á Newton y á Herschel, presenta verdaderas reliquias de su Museo. Forman la instalación tres bellísimos cuadros al pastel debidos al célebre astrónomo y artista John Rusell (año 1789) cuyo armónico colorido está á la altura de su verdad científica, en particular la fase llena. Del mismo autor hay en el estrado del Paraíso un globo lunar mecánico que tiene por objeto demostrar el fenómeno de libración. La fotografía lunar está representada por tres históricos ejemplares (dispositivos de gran tamaño), de Warren de la Rue (1853) y dos magníficas esferoscopias del satélite que presentan sorprendente esfericidad; una hermosa fotografía (1852) por el doctor Common obtenida con el célebre reflector de Crossley, que hoy funciona en el Observatorio de Lick y representa el punto de partida de la fotografía moderna, cuyos grandes progresos revelan las instalaciones de París, Lick y Yerkes. Y, finalmente, completa esta notable exhibición una serie de textos seleccionados, desde Herschel hasta nuestros días.

La Sociedad Astronómica de Barcelona rinde tributo de admiración y gratitud á la venerable y prestigiosa Corporación británica por haberse dignado honrarla con el envío de tan importantes ejemplares históricos.

La Asamblea de fondistas.

Anoche.

Después de levantada la sesión de constitución de secciones, los asambleístas se dirigieron á la casa Mans y Co nas, donde les sirvieron un vino de honor.

Los gerentes de la casa mostraron á sus visitantes los talleres y almacenes de cristal, loza y porcelana, llamando poderosamente la atención de todos el grado de perfección que esta industria ha alcanzado en Cataluña.

Por la noche, muchos asambleístas visitaron el Saturno Parque, cuya Empresa les había obsequiado con un carnet para que puedan disfrutar de todas las atracciones durante los días que dura la Asamblea.

Esta mañana.

Aunque estaba anunciada para las diez la apertura de la Asamblea, se ha constituido cerca de las once de la mañana, lo cual nos impide dar detalles de la discusión de los nueve temas que están planteados para hoy.

Seguramente, dada la importancia de los asuntos, se continuará en la sesión de cuatro a seis de la tarde.

Gaceta.

La Unión de Productores de España para el Fomento de la Exportación nos comunica lo siguiente:

En la presente semana debe llegar a este puerto, en el vapor *Montevideo*, el que fué cónsul de la República Dominicana en Barcelona, don Enrique Deschamps, que actualmente desempeñaba el cargo de encargado de Negocios de su país en Washington.

Pero el Gobierno dominicano, ante las súplicas a él dirigidas por varias entidades y periódicos españoles, le ha nombrado al señor Deschamps cónsul general para España, confiándole una elevada misión en pro del comercio hispano-dominicano.

Mañana, a las cinco de la tarde, se reunirá en junta general el Centro Industrial de Confitaría y Pastelería, en su local social Mendizabal, 21, principal, para tratar de la reforma tributaria y ampliación del epígrafe de la industria que ejercen sus asociados.

Telefonemas detenidos en la Central de Teléfonos por no encontrar a los destinatarios:

De Madrid, Guachi, sin señas; de Cartagena, J. Lerrovira, sin señas; de Madrid, *M. nolete*, Hotel Pino; Sabadell, Salvador Porta, rambla de Cataluña, 11, 2.ª; Jerez, Foye, sin señas; Cádiz, Santiago Rombrado, vapor *Fernando Poo*.

El presidente de la Cámara de Comercio y Navegación y una Comisión de vecinos del lugar donde ocurrió el suceso, asociados a aquélla, han visitado a Juan Ferrer, herido en la calle de la Princesa el sábado último por Leandro Buendía, después de haber intentado apoderarse del dinero que llevaba un cobrador de la casa Pamies.

El herido está algo mejorado dentro su estado de gravedad. Habrá que operarlo para la extracción de la bala.

Los vecinos de las calles del Comercio y de la Princesa, que al seron suscripción para el albañil herido y el carretero que detuvo al agresor, luchando con él hasta que acudieron los agentes de la autoridad, han entregado a la Cámara de Comercio la cantidad recaudada, que asciende ya a más de mil pesetas, para que la expresada Corporación la continúe.

En la secretaría de la misma se han suscrito ya varias cantidades.

El vapor *Regina Elena* llegó a Montevideo, procedente de este puerto, el día 15 del corriente.

El *Argentina* llegó a Montevideo el mismo día, procedente de este puerto.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar a sus destinatarios:

Mora de Ebro, Ramón Güell, Hospital Clínico; Ciudad Real, Juan J. Sánchez, vapor *Sardiñero*, ausente; Alayor, Dolores Cardona, Carretas, 79, ausente; Cádiz, Joaquín Martí, sin señas; Cádiz, Juan Clares, sin señas; Beziers, Coste, Lista Telégrafos.

En el Dispensario de la Barceloneta fué aullado un individuo de unos 60 años que fué encontrado en el muelle de las Baleares, sufriendo una hemorragia cerebral. Se le trasladó al Hospital de la Santa Cruz.

A las tres y cuarto de ayer tarde estalló una cañería del gas en la ronda de San Antonio, número 20, entresuelo. En la habitación se hallaban la inquilina del piso, Car-

men Novella, y la madre de ésta, Rosa Bonst. Ambas sufrieron quemaduras leves, siendo sufriendas por un facultativo particular.

La explosión produjo algunos desperfectos en la habitación.

Hubo bastante alarma entre los vecinos y acudieron los bomberos en la creencia de que se trataba de un incendio.

Los viajeros del tranvía de Horta se quejan de una anomalía que no tiene explicación posible.

Dicesenos que cuando los trenes realizan el último viaje, al llegar á las cocheras de la barrida de Santa Eulalia se invita á los pasajeros de los coches remolques á que se trasladen á los coches motores. Si éstos están desocupados y no hay barro en la carretera, menos mal; pero sucede las más de las veces que en los coches motores no cabe un affiler y entonces son de ver las fatigas que sufre el pasajero para poder terminar el viaje en tranvía. Y nada digamos cuando llueve ó hay barro, que entonces el incomprendible transbordo resulta de lo más divertido.

Por lo expuesto, se nos pide que hagamos llegar hasta la Dirección de los tranvías de Horta la petición de que los remolques prosigan el viaje hasta su terminación.

De S. S. hemos recibido cinco pesetas que por partes iguales hemos distribuido entre las familias necesitadas de las siguientes calles:

San Jerónimo, 15, 2.°, 2.°; Sadurní, 5, 5.° 4.°; Metjes, 9, 4.°; Ramelleras, 14, 3.°, 1.°; Taplolas, 50, 1.°, 5.°

Reciba por nuestra mediación el generoso donante la expresión del reconocimiento de las humildes personas favorecidas.

La Compañía del ferrocarril de Sarriá debe tener más iluminado el trayecto que han de recorrer los pasajeros cuando al apearse del funicular de Vallvidrera toman los rayos que les conduce á la plaza de Cataluña. La medida es de urgente necesidad para evitar los robos de carteras, relojes y monederos que se suceden á causa de la oscuridad de que hablamos.

Es de esperar que la Compañía del ferrocarril de Sarriá atenderá tan justa reclamación, con lo cual no hará otra cosa que corresponder á los muchos favores que el público le dispensa.

Conferencias y reuniones.

Se convoca á los ebanistas, barnizadores y silleros á la reunión que se celebrará hoy, á las nueve de la noche, en el local de la calle Aribau, 21, interior, para la aprobación del reglamento de la nueva Sociedad.

La conferencia sobre Marruecos á cargo de don Gustavo Peyra, suspendida el jueves pasado por enfermedad de dicho señor, se celebrará hoy, á las nueve y media de la noche, en la Academia de Ciencias y Artes, rambla de los Estudios, 9.

Se invita á todos los presidentes de los Ateneos y demás centros culturales de Cataluña á una reunión que tendrá lugar en el Ateneo Integral, San Pablo, 75, el domingo, día 30 del corriente, á las cuatro de la tarde, para tratar de las conclusiones aprobadas en el II Congreso de Ateneos celebrado últimamente en Villanueva y Geltrú.

Bolsin mañana.

Interior, 85'30 papel; Nortes, 100'90 operaciones; Alicante, 98'55 operaciones; Colonia, 65'62 dine; O; Orense, 27'70 operaciones; Plata, 95'40 p.p.l.

Noticia de los fallecidos los días 16 y 17 de Junio de 1912.

Casados 7	Viudos 0	Solteros 0	Niños 5	Abortos 1	Nacidos	Varones 27
Caídas 6	Viudas 3	Solteras 1	Niñas 5			Miembros 25

Aventuras de un ruso.

La Prensa rusa refiere que la familia de un tal Grudzik, residente en Bialystok, ha recibido una carta muy curiosa de dicho pariente suyo. Este ciudadano formaba parte del pasaje del *Titanic* cuando dicho barco se fué á pique cerca de Terranova.

Figuró entre la lista de los ahogados y su familia fué avisada por la White Star Line de la desgracia. Pero ahora resulta que Grudzik vive tranquilamente en Nueva York. Y ha escrito á su familia contándole los detalles de su salvamento.

Dice en su carta que apenas fué lanzada al mar la primera canoa él precipitose por la escalerilla para ocupar un puesto en la misma. Pero un oficial se le interpuso y le amenazó con un revólver.

—¡Los hombres atrás!—gritó—. ¡Las mujeres y los niños primero!

Retrocedió entonces Grudzik, y, de nuevo en el entrepuente, pensó de qué modo podría salvar su vida. Ocurriosele una idea y la puso en práctica inmediatamente. Penetró en un camarote de primera clase, y como no viera lo que buscaba, hizo lo propio en uno de segunda. En éste vió, sobre un lecho, ropas de mujer.

Con una rapidez extraordinaria vistióse con ellas. Tenía el pelo largo y esto sirvióle de mucho. Disfrázose con tal arte, que cuando se contempló en un espejo, sonrió con aire de triunfo.

Aproximóse á la escalerilla y encontróse

con el oficial que antes le amenazara con su revólver.

Dicho oficial, al verle, le dijo con gran cortesía:

—Pase, señora. Pase y baje pronto á la canoa. ¡El *Titanic* se hunde!

No se lo hizo Grudzik decir dos veces. Ya en la canoa, observó que una mujer le miraba con insistencia. Tembló, temiendo ser reconocido.

Alejóse la canoa del *Titanic*, y la mujer, que le seguía mirando, le hizo una seña.

Grudzik se aproximó á ella y ambos hablaron en voz baja.

—¿Es usted un miserable—dijo ella en francés—. Se ha disfrazado cobardemente y por su culpa alguna desgraciada morirá.

—¡Por Dios, señora!—dijo Grudzik temblando—. ¡No me denuncie!

Y se echó á llorar. Ningún pasajero de la canoa prestó atención á sus lágrimas. Creyeron que lloraba la pérdida de un ser querido.

La mujer, tras unos momentos de vacilación, dijo:

—Bueno. Me callaré. Pero póngase donde no le vea.

Grudzik se apresuró á obedecerla. Tres horas más tarde aparecía el *Carpathia* y todos los que iban en la canoa fueron reconocidos.

Continuó fingiéndose mujer hasta que desembarcó en Nueva York.

Un colmo como pocos.

El colmo de la belleza para una nativa de color del alto Ubanghi consiste en tener el labio superior muy grueso y muy delgado el labio inferior.

Ese extraño resultado no se obtiene más que á cambio de grandes sufrimientos.

He aquí cómo se practica la operación:

La muchacha se tiende en un tapiz y la cabeza apoyada sobre un cojín. Junto á ella hay tres mujeres; una le mantiene la cabeza, otra está pronta á pincharle en el labio, y, en fin, la tercera, de rodillas, debe golpearle el pecho para amortiguar el dolor.

En torno de este grupo los hombres hacen sonar los tambores y baten palmas, cantando al mismo tiempo.

Armada de varias espinas con la punta

muy afilada, la maestra de ceremonias comienza á pinchar el labio á golpes rápidos y repetidos. Al principio la sangre corre. Se seca poniendo sobre la herida manteca. Al cabo de un cuarto de hora la mucosa ha adquirido cierto grosor, debido á la hinchazón de los tejidos, y el dolor que se siente es muy vivo.

Ordinariamente la muchacha lo soporta bien, excitada por las canciones de la multitud y por el deseo de mostrar su público valor.

El suplicio dura cerca de media hora, y cuando la muchacha se levanta quédase deslumbrada al ver que posee un labio superior grueso y que, por lo tanto, ha aumentado sus encantos.

Después tuvo una crisis suprema que le salvó.

Recobrando sus facultades, recordó lo sucedido.

—¿Han detenido al ladrón de mi tesoro?— preguntó á la enfermera.

Ésta se encogió de hombros.

—No sé nada pobre mujer.

—¿No ha venido nadie á buscarme?

—Sí; ayer vino una bella señora.

La *Gata* abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Una señora bella?— repitió—. ¿Y no dijo su nombre?

—Alda.

—¿Mi hija? ¿Mi hija ha venido aquí? ¿Y ha dicho si volvería?

—Sí, mañana.

Con impaciencia la aguardó la *Gata*.

Si su hija pensaba en ella no estaba todo perdido.

El siguiente día, á la hora de las visitas, Alda compareció.

Iba vestida con elegante sencillez y su bello rostro llevaba las huellas de un vivo sufrimiento.

La enferma hizo un esfuerzo para tenderle los brazos, pero no lo logró.

Estaba aun demasiado débil.

—¿Me reconoces, mamá?— le preguntó Alda inclinándose á besarla.

La vieja fijó en ella sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Sí, sí!

—¿Te encuentras mejor?

—¡Oh, mucho! Pero no tengo fuerzas.

—Ya las recobrarás y en cuanto estés curada vendrás conmigo.

—¿Es cierto? ¿No me engañas?

—No.

—¿Has sabido, pues, mi desgracia? ¡Ah, si tuviese en las manos al ladrón de mi dinero! Me lo han robado todo.

—También yo fui robada y quizás por la misma mano.

—¡Oh!... ¡Dime!...

—Por ahora nada, punto en boca— murmuró rápidamente Alda—; procura reponerte. Cuando salgas de aquí lo sabrás todo.

Tres días después de este coloquio dejaba la *Gata* el hospital en compañía de su hija.

Alda condujo á su madre á su casa del Corso Massimo d'Azeglio y cuando la vieja se hubo repuesto bien la *Bella Turinense* la dijo:

—Me parece que el ladrón de tu dinero ha sido *Fischietto*.

La *Gata* lanzó una exclamación ronca.

—Yo también lo he dicho y no me han querido creer. Él, él ha sido quien ha dado el golpe!

—A ti te robó el dinero—dijo Alda con ira—y á mí una carta que ha cosado la vida á un hombre.

—¿Una carta?—repitió la verdulera casi temblando—. ¿Dónde la tenías?

—La tenía oculta en el agujero de un madero del techo... En la habitación que yo ocupaba en tu casa.

—Entonces es *Fischietto* el ladrón de mi tesoro—gritó la vieja con transporte de ira—, porque esa carta la tenía yo.

—¿Tú?

—Sí.

Y la verdulera explicó cómo había ido á parar á sus manos y cómo la guardó sin concederle ninguna importancia.

—¿Y por qué no me hablaste nunca de ella?—dijo después á su hija con acento de reproche.

Aida no supo que responder, pero sus cejas se fruncieron de una manera casi imperceptible.

—¿No tenía ella la culpa de cuanto sucedía?

Si hubiese tenido más confianza en su madre, aquella carta no habría ido á manos del miserable *Fischietto*, el marqués de Castellazzo viviría aun y *Dario* no triunfaría.

Ella había sido la incauta y al mismo tiempo la asesina del marqués.

Su corazón se oprimió de un modo singular; su emoción aumentaba por grados.

—No temas—dijo mirando al rostro á la verdulera—, el ladrón caerá en nuestras manos y las pagará caras. Pero ahora es inútil pensar en ello; tú permanecerás á mi lado, pero te advierto que dejaremos esta suntuosa morada.

—¿Y á dónde iremos?—preguntó la *Gata* algo inquieta.

—No te preocupes; siempre será á un lugar donde no te falte ni comida ni bebida.

La verdulera se tranquilizó. Lo había perdido todo y se asió á la única tabla de salvación que le quedaba.

¡Su hija!

Y estaba dispuesta á no abandonarla más.

—¿Y qué haré yo?

—¡No te preocupes!

—¿Y qué haré yo?

No acabó; vaciló y se desvaneció de nuevo en los brazos de Pía, que la condujo al lecho y mandó enseguida que llamasen al médico.

Pronto corrió por el pueblo la noticia de que la condesa se hallaba enferma.

El doctor, si había logrado reanimarla, no había despertado en ella la inteligencia.

Vittoria era presa de una fiebre altísima; desvariaba continuamente, ora llamando en su socorro á la difunta condesa de Monterani, ora á su padre, hablando de asesinatos, de venganzas, mezclando y confundiendo las reminiscencias de la espantosa realidad con las extravagantes fantasías del delirio.

—Sería conveniente que se avisase al conde—dijo el doctor á Pía.

—Aguardemos aún; el peligro no es inmediato; por lo pronto, yo le escribiré para decirle que la condesa se encuentra algo delicada y que no puede ir á Turín para asistir á los funerales de su padre.

—No, es mejor revelar-le toda la verdad; la señora condesa está en cama con una fiebre cerebral que si no la logramos contener la llevará á la tumba en pocos días, tanto más cuanto tiene una constitución delicadísima, nerviosa.

Los ojos de Pía se llenaron de lágrimas.

—¡Doctor... doctor... usted la salvará!...

—Emplearé todos los medios; pero, lo repito, es absolutamente preciso que avisemos al conde.

—Le avisaré.

Pero la joven tenía pocas ganas de hacerlo, no porque temiese por sí, puesto que estaba segura de que con aquella peluca de vieja y las gafas Darío no la reconocería, sino porque la presencia del conde fuese fatal á Vittoria.

Aunque no conociese todos los secretos de Vittoria, había comprendido que entre la condesa y su esposo existía un abismo; que marido y mujer se odiaban.

Así, pues, estaba inquietísima y pensaba si no tenía el deber de arrosarlo todo para conjurar el peligro de una aproximación de los esposos en aquellas circunstancias.

Pero el siguiente día, habiéndose agravado la condesa, el doctor dijo á la camarera que él mismo avisaría al conde.

No había, pues, otro remedio que avisar á Darío á su llegada para que no se presentase de improviso en la alcoba de la enferma.

Pía, viendo á su señora en tan grave estado, olvidaba su dolor y no pensaba más que en cuidarla, con una devoción tan apasionada que admiraba al doctor.

Vittoria no conocía ni á ella ni á nadie y permanecía largas horas sumergida en un profundo sopor. De vez en cuando la enferma dejaba escapar frases incoherentes y se pasaba la mano por la frente como para disipar la bruma que entorpecía su cerebro.

El conde llegó al castillo nueve días después de haber caído enferma la condesa.

Vittoria se encontraba aun en el mismo estado.

Era al anochecer. Darío subió á la alcoba de la condesa en compañía del médico, quien había acudido á su encuentro y por el camino le hablaba de la enfermedad de Vittoria y del peligro que ésta corría.

—Si dentro de cuarenta y ocho horas no se ha producido una sensible mejoría, la pobre señora es caso perdido.

El conde parecía muy conmovido.

—¡Y no haber podido venir antes!—murmuró—. Pero si aquí tenía á mi esposa que sufría, en Turín tenía á mi suegra que parecía loca con la muerte repentina de su marido. Yo mismo no sé cómo no he perdido la cabeza.

No dijo más porque habían llegado á la alcoba de Vittoria.

Pía, que estaba sentada á la cabecera del lecho, se levantó.

Un vestido oscuro de monjil aspecto hacía su figura más baja y más gorda. La peluca gris tapaba parte de su frente y sobre la nariz llevaba las gafas.

—Señor conde...—dijo la camarera con voz nasal, acercándose al gentil-hombre.

Darío la miró curiosamente.

—Si no me engaño, es usted la señora de compañía de mi esposa.

—Sí, señor.

—¿Cómo está mi esposa?

—En este momento aletargada.

El conde se acercó más al lecho y quedó sorprendido al ver el rostro de su esposa, casi irreconoscible por los estragos producidos por la enfermedad.

Pía la había quitado por un momento el hielo que tenía sobre la frente y se veían los cabellos pegados á las sienes.

Tenía unas profundas ojeras, sus labios estaban descoloridos y su faz lívida.

—¡Pobre Vittoria!—exclamó el conde inclinándose á besarla.

Después, dirigiéndose al doctor, preguntó:

—¿Permanece muchas horas aletargada así?

—Creo que pasará así toda la noche. Se la ha de cambiar de vez en cuando el paño con el hielo y se la ha de introducir en la boca algunas gotas de aquel cordial.

—Yo la velaré esta noche.

—Caballero—dijo timidamente Pía—, usted está cansado del viaje, necesita reposo.

—¿Cómo podría reposar sabiendo que mi esposa sufre? No, no preciso dormir. Usted sí lo necesita; me lo dijo el doctor.

—El señor conde tiene razón—interrumpió el médico.

—Pero si yo...

—Usted seguirá el consejo del médico y el mío y se irá á descansar.

—Piense, caballero, que si la condesa se despertase y le reconociera experimentarí una impresión penosa recordando su telegrama.

—Al menor movimiento que haga mi esposa me retiraré.

—Como quiera.

Pía obedeció de mala gana.

El doctor, después de haber recetado, se retiró, prometiendo volver al amanecer.

El conde se quedó solo con su esposa. Prefería permanecer en aquella habitación, en compañía de su esposa, que solo.

Sentado á la cabecera del lecho y cansado del viaje y del trabajo á que había sometido su mente, reclinó la cabeza y se adormeció.

Pero fué despertado bruscamente por la voz de Vittoria.

Levantó con ímpetu la cabeza.

Su esposa, con los ojos desencajados y las manos tendidas, gritaba:

—¡He aquí el asesino de tu hijo! ¡Es mi marido y nadie sabe aún que haya robado la fortuna y el nombre de los condes de Monteranil...

Darío no conoció al principio que la infeliz deliraba.

Tuvo miedo; pero venció enseguida aquella debilidad moral.

Nubes de sangre velaron sus ojos. Reclinó los dientes y apretó los puños, inclinándose hacia Vittoria.

Ella no le veía y agregó:

—Pero yo lo denunciaré, porque tengo la prueba de sus crímenes; también ha sido mi asesino y el de mi padre...

—¡Mientes!—gritó con voz ahogada Darío, asiendo á su esposa por la garganta para hacerla callar.

El rostro de Vittoria se contrajo; sus ojos, abriéndose desmesuradamente, se fijaron en los de su marido.

Y pareció que lo reconociese, porque se debatió, desasióse y lanzó un grito agudo, desesperado.

El conde, asustado, retrocedió. Tenía necesidad de toda su voluntad para dominarse.

La puerta se abrió y compareció Pía, que, llena de inquietud, se había echado vestida en el lecho de una estancia vecina y que comenzaba á cerrar los ojos cuando fué despertada por aquel grito.

—¿Qué ocurre? ¿La señora ha empeorado?—preguntó al conde.

—No lo sé; se ha despertado de repente gritando.

Pía se acercó al lecho; la condesa parecía inanimada; tal era la lividez de su rostro; de su boca entreabierta escapaba una respiración ronca, penosa; sus ojos estaban cerrados.

—Quizás sea la crisis que aguardaba el médico—dijo la camarera—. Habría que avisarle.

—Voy yo mismo.

El conde sentía necesidad de moverse, de tomar aire; la cabeza le ardía.

¿Qué diría su mujer cuando recobrase los sentidos? ¿Se acordaría aun?

¡Oh! ¡Si al menos muriera!

Después de sus palabras lo deseaba. ¿Era cierto que ella conocía su crimen?

¿Qué había descubierto en aquel castillo? ¿Qué nueva prueba de acusación surgía?

¡Y pensar que con la muerte del marqués y la destrucción de aquella carta se creía libre de todo temor! Era cierto que muchos atribuían la muerte del gentilhomme á alguna escena violenta tenida con él á consecuencia de sus relaciones con la *Bella Turinense*.

Pero él había demostrado tal dolor por aquella pérdida, se había portado tan noblemente en aquellas circunstancias, que nadie tuvo valor para dirigirle un reproche.

En fin, podía él prever aquel triste fin de su suegro, producido por su temperamento sanguíneo, dispuesto á la apoplejía.

Además, supo captarse por completo la confianza de la marquesa y calmar su desesperado dolor, que no era debido más que á la idea de que su esposo había muerto sin confesión.

—Dios, teniendo en cuenta las virtudes y los ruegos de usted, será misericordioso—la había dicho hipócritamente—. Sus plegarias y las mías salvarán aquella pobre alma de la condenación eterna. Dios ha querido probar una vez más la fe y la constancia de usted en él.

La marquesa se había conmovido con sus palabras y no se cansaba de hacer elogios de él á cuantos iban á darla el pésame.

Darío ya se sentía seguro del porvenir.

Y resurgía su esposa, audaz, implacable, llamándole asesino.

¡Si muriese, al menos, si muriese!...

Con estos pensamientos Darío dejó el castillo y se dirigió á casa del médico.

Éste se encontró enseguida dispuesto á marchar.

Regresaron juntos al lado de la condesa. Ésta continuaba con los ojos cerrados.

—Es la crisis suprema—dijo el doctor—; intentaré aun un remedio; pero no espero ya.

El conde se llevó el pañuelo á los ojos.

El doctor dió á Pía algunas órdenes, que fueron escrupulosamente cumplidas.

En el castillo los criados estaban todos en movimiento porque sabían que la condesa estaba á punto de morir.

Llegó el párroco y fué enseguida introducido en la habitación de la enferma.

El médico había puesto á ésta compresas de un líquido incoloro en la nuca y en la región cardíaca y las cambiaba cada cinco minutos.

Aquel remedio extremo obró de un modo inesperado.

Al amanecer, la condesa, que también había recibido la extremaunción estaba fuera de peligro y reconocía á las personas que estaban á su alrededor.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó débilmente Vittoria—. ¿He estado muy enferma?

—Sí—respondió el doctor bastante conmovido—; pero, gracias á Dios, está fuera de peligro y dentro de pocos días se hallará en plena convalecencia.

La joven hacía esfuerzos para coordinar sus recuerdos.

De repente su rostro expresó una suprema angustia y con acento indescriptible exclamó:

—¡Dios mío, qué horribles sueños he tenido! ¡Me parecía que mi padre había muerto!... Y es una mentira, ¿no es cierto? Me pareció también ver aquí al conde... Pero soñaba, ¿no es verdad?

Nadie respondió.

La condesa miró al uno y al otro y después, ocultándose el rostro entre las manos, prorrumpió en sollozos, repitiendo:

—¡Es la verdad, la horrible verdad!... ¡Papá ha muerto!... ¡Oh, mi adorado padre!

La dejaron que se desahogase; así la desventurada experimentó un poco de alivio.

Poco á poco sus sollozos cesaron, sus párpados se cerraron y Vittoria se durmió con tranquilidad.

Durmió todo el día y cuando se despertó vió á su marido sentado á los pies del lecho.

Estaba sola con él.

—¿Cómo se encuentra?—la preguntó Darío.

—Tengo el corazón desgarrado; pero no olvido—respondió Vittoria mirándole fijamente—que si no hubiese sido por usted habría yo seguido á mi padre, del cual fué usted el asesino.

La condesa hablaba con una calma más tremenda que su cólera.

El conde fingió no notarlo.

—Veo que delira aún—dijo—; cuando haya vuelto en sí la diré que si existía un hombre que hubiera dado toda su sangre por salvar á su padre de usted era yo, porque me figuraba que su muerte aumentaría el odio que usted me tiene. Pregunte á los médicos que han visitado á su padre, interrogue á su madre y entonces se convencerá. Yo hubiese querido que el ataque apoplético de su padre me hubiese herido á mí.

Vittoria le escuchaba con los labios apretados, comprimiendo su corazón para imponerles silencio, tratando de no ceder á la sorda cólera provocada en ella por la presencia de su marido.

—A usted, ya que no la justicia humana, le castigaré la divina—murmuró ella lentamente—. Yo lloro la muerte de mi padre... cuando debiera dar las gracias á Dios por haberle llevado á la tumba ignorando que había casado

su hija con un miserable. Pero ¿cree que soportaré en paz mi desgracia de ser la esposa de un ladrón, de un asesino?... Es inútil que me dirija esas miradas tan feroces; sé todo cuanto usted ha hecho; tengo en las manos la prueba de su crimen, la muerta ha hablado. ¡Ah! ¿Palidece? ¿No teme permanecer aquí, bajo el techo de aquella infeliz cuyo hijo usted asesinó para robarle el nombre y la fortuna? Pero yo la vengaré, vengándome á mí misma... denunciándole.

El rostro de Darío se contrajo terriblemente.

—Usted callará si quiere que yo calle... De lo contrario, diré á todos que usted ha venido aquí á ocultar su vergüenza porque yo la sorprendí varias veces con amantes, uno de los cuales se encuentra en presidio por causa suya. Callará, porque diré que su padre ha muerto por la vergüenza que experimentó al saber que usted le había deshonrado; callará, en fin, porque Heva mi nombre y no querrá ser maldecida por su madre ni cubrir de fango una tumba apenas cerrada.

Vittoria, con las manos crispadas, estrechaba la cubierta del lecho; sus ojos tenían una expresión de terrible espanto.

—Así, pues, ¿confiesa que es el asesino del conde de Monterani?

—Y aunque así fuese, ¿qué importa? La obligación de usted es callar y, llegado el caso, defenderme.

Y como Vittoria, aterrada, no encontrase palabras para responder, el miserable agregó:

—Sea generosa si quiere que lo sean con usted; miremos de frente nuestro destino y procuremos soportarlo lo mejor posible. Tenga para mí un poco de indulgencia, y, si me ha borrado de su corazón, soporté, al menos, alguna vez mi presencia.

Se interrumpió porque en la habitación entraban el médico y Pía.

Darío, con acento de gozo, exclamó entonces:

—Mi esposa está bastante mejor y como tengo asuntos de interés pendientes en Turín, mañana me vuelvo á marchar. Dentro de dos semanas volveré á buscarla; ¿no es así, querida mía?

Ella le dirigió una mirada tan atroz que le hizo palidecer.

—Ciertamente—respondió con voz clara, sonora, que sorprendió á todos.

El día siguiente Vittoria se levantaba de la cama.

El conde Darío había partido al amanecer.

Cómo se casan algunas.

Entró Luisa en el gabinete, de súbito, tropezando con los muebles, atolondradamente.

¡Demonio de chica! Era una incorregible, una loca, una inconsciente.

Eso sí, parecía como que su buen humor estimulaba su belleza, férreamente dominadora. Luisita, á los diez y ocho años era un fenómeno de hermosura y de gracia, y aumentó á los diez y nueve y los veinte, edad en que se encontraba, escaló el pináculo de hermosura y sus ojillos graciosos de granuja realizaron el imposible de aumentar en picardía.

Consuelo, que leía un libro confortada por el dulce calor de la chimenea, abrazó á su amiga y se besaron en los labios.

—Tú sabes—dijo Luisita—que yo siempre he enloquecido por dar una noticia...

—¡Dímelo á mí! Con la particularidad que sientes preferencia por las malas...

—No seas injusta, hijita. Lo que sucede es, que, naturalmente, me satisface cansar sensación...

—¿Y qué?

—Muy sencillo. Tengo bien aprendido que las que más interesan son las malas. ¡Todo es conocimiento de la humana psicología!

—Convencida. Pero ante todo comunícame ese noticia, que me intriga.

—¿Recuerdas que esta mañana te anuncié mi ruptura con el imbécil de Julito Almagro?

—Sí.

—Pues ahora y con toda solemnidad vengo á comunicarte mi próximo enlace... Ya se lo he participado á Pepita, Francisca, Manolita... No es preferencia, naturalmente, sino como voy por calles...

—¡Pero estás en tu juicio!

—En el poquito que tengo, ya sabes lo que dice todo el mundo.

—¿Y quién es el afortunado?

—Julito Almagro. Después de todo no es mal chico. ¡Que no es un Sénecal! ¡Ya lo sé! Mejor, mucho mejor, los genios son insoportables.

Además, con la manía que tiene por el automóvil no es difícil que se estrelle el mejor día. ¡Ideal, supremo, una viudita joven y guapa!

—¡Pero, Luisa!.. Y ese cambio tan repentino, ¿cómo ha podido ser? Yo creo que bromeas.

—No, por Dios. Es muy sencillo; se trata de un caso de honor. Esta tarde llegó á casa la necia de Gracia Vargas, anunciándome en forma muy molesta su boda para dentro de un mes con aquel antiguo novio mío, con Alarcón... La estúpida cree que á mí Alarcón me inspira algún interés. Además la muy necia dice en todas partes que yo, por mi manía de ser, voy á quedarme para vestir imágenes. Yo entonces, muy despacito, para que tragara quina, le dije textualmente: Pues hija me alegra doblemente tu visita porque yo también deseaba verte para comunicarte algo parecido; dentro de quince días me enlazo con Julito Almagro á quien sugongo conocerás...

—¡Ya lo creo que le conoces!

—Excesivamente. En fin, me marcho, tengo mucho que hacer...

—Pero...

—No puedo detenerme, aun no he comunicado su próximo enlace á mi futuro...

J. TORRES ROMERO.

Tostados al sol.

Los Al-Quadjis, pueblo indio, tributario de los grandes y poderosos Dijour, emplean un sistema para ejecutar á los criminales.

Al malhechor condenado á muerte le atan á un palo y lo dejan en el suelo en un sitio donde ningún árbol pueda proyectar sombra, para que se tueste lentamente hasta morir, no por ningún medio artificial que implique gasto de combustible, sino por el calor natural de los rayos del sol tal como llegan á la tierra en las regiones ecuatoriales.

Con el fin de prolongar los sufrimientos y evitar que la insolación acabe rápidamente con el desgraciado, los ingeniosos Al-Quad-

jis cubren la cabeza del reo con hojas verdes, que protegen el cerebro, mientras el resto del cuerpo se va secando y concluye por carbonizarse.

El reo tiene, sin embargo, una probabilidad de salvación. Si mientras está expuesto al sol pasa una nube por delante del astro, los verdugos sueltan inmediatamente al condenado y encima le veneran como mago prodigioso, en cuyo favor han intervenido los poderes sobrenaturales. Por desgracia para los condenados á muerte, en aquella región, rara vez intervienen las nubes en la administración de justicia.

Un duelo original.

El escritor francés Sainte Beuve tuvo un lance de honor con uno de los accionistas del periódico en que colaboraba.

Mediaron algunos cachetes y el duelo se hizo inminente. Al llegar al terreno los adversarios llovía copiosamente. El desafío fué á pistole. Ya en guardia los combatientes, Sainte Beuve disparó al aire y, abriendo su paraguas, permaneció como una estatua.

Los padrinos protestaron de aquella excen-

tricidad; pero el duelista sostuvo su derecho á no mojarse.

—Yo vengo aquí á que me maten, pero ar seco.

No hubo más remedio que aceptar aquella extraña condición, que en nada se oponía á la seriedad del duelo.

Afortunadamente se cambiaron cuatro proyectiles sin resultado.

Los recién nacidos.

En todas partes el nacimiento de un niño va seguido de un ceremonial más ó menos complicado, en el que desempeña gran papel la tradición. Pero seguramente habrá pocos países donde sean estas ceremonias tan curiosas como las que celebran los nagarnooks, tribu de la selva australiana.

En cuanto viene al mundo un nuevo sér salen los muchachos de la aldea á divulgar la buena nueva por todos los pueblecillos comarcaños.

Si se trata de una niña, sólo van á cumplimentar á los padres las comadres de la vecindad; pero si el recién nacido es un niño llueven las felicitaciones.

Hasta hace pocos años existía en Corea la costumbre de casar á ciertos niños el mismo día que nacían. Según una creencia religiosa, la mujer que moría antes que su primer marido, no podía hallar el reposo eterno, y para evitar esto los padres de la joven se entendían con los del recién nacido, y una vez convenido su precio se efectuaba la boda y á continuación se mataba al niño. De este modo la joven quedaba viuda y podía casarse tranquilamente con un hombre de su edad, porque, aun cuando falleciese antes

que él, los dioses no le negaban el descanso de ultratumba.

En las pampas del Brasil hay una pequeña tribu de indios, entre los cuales el bautismo consiste en un paseo á caballo al recién nacido y sin cuidarse demasiado de atarle bien arcean al animal que dé un golpe y si al terminar éste el niño no se ha caído consideraa que será un guerrero valeroso y un famoso jinete, y si, por el contrario, llega el neno cabeza abajo por habérse corrido á un lado, el padre se desatiende de su educación.

Hay otros indios americanos llamados Cabezas Chatas que, en vez de echar agua por la cabeza al niño, le atan en lo alto del cráneo una piedra de poco peso que va sustituyendo por otras más pesadas á medida que crece el muchacho con el fin de que se le quede chato el cráneo y resulte un joven seductor.

En Europa misma, en Bretaña, hay todavía pueblos donde "se le hace la boca, al niño dándole unas gotitas de aguardiente el mismo día del nacimiento.

En las costas de Noruega se les da antes que nada un buen trago de agua de mar.

Napoleón y su médico.

Napoleón tenía como familiar de su casa á un sabio médico, con quien había adquirido la costumbre de charlar todos los días á escote de las diez de la mañana y por espacio de media hora.

Muy exacto á esta honrosa cita era el discípulo de Esculapio, que se titulaba médico de la corte y que recibía por esta causa una buena pensión.

Cierta mañana, al dirigirse, como de costumbre, á la cámara imperial, el chambelán

le detuvo cortésmente, anunciándole que el emperador no recibía. Sorprendido, y temiéndose en desgracia, el médico no sabía á qué atenerse.

Ante su dolor el chambelán, movido á piedad, condescendió en explicarle por qué en ese día no le era permitido ver al emperador.

—Su majestad se halla hoy indispuesto. No podría, pues, recibir á usted. Pero no se apene por eso, puesto que ya mejorará y entonces podrá usted reanudar sus visitas.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales.
Madrid, provincias y extranjero.

Actitud de Moret.—Melquiades de viaje.—Encargo de un millonario

Madrid, 17 Junio.

Moret ha escrito á Romanones que no ha querido hacer público que se propone que la detención de diputado no pueda tener efecto sino en el caso de ser cogido en delito flagrante. En breve habrá debate sobre la materia.

Mañana marcha don Melquiades á Zaragoza y Calatayud, donde habrá mítines.

El millonario norteamericano Huntington ha encargado á Sorolla un piso decorativo para el piso principal del Museo español de Nueva York que simbolice las 49 provincias de España.

Los carlistas.

Pamplona.—Procedentes de Durango, donde estaban depositados, han llegado á Estella los restos del general carlista Ollo, muerto en 1874. Los montañeses navarros arrodillábase al paso del féretro. En Estella celebró una misa de campaña, dando guardia de honor á los restos un pelotón de caballería con boinas rojas. Después hubo manifestación al trasladar el cadáver al cementerio. Por la tarde celebró un mitin. Hablaron varios oradores. Leyóse una carta de Cerralbo y una arenga de M^{ta}. Los asistentes vitorearon á Navarra, á la Rioja y á las Vascongadas. De San Sebastian concurrieron dieciseis automóviles. No ha asistido, como se ha dicho, don Jaime.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS

Petición.—Un discurso de Roosevelt.

Atenas, 18 (1^o5).

Los representantes de las doce islas del archipiélago ocupadas por los italianos han decidido pedir la anexión de las islas á Grecia, y, en caso de no ser esto posible, la autonomía.

Chicago, 18 (2^o43).

Ante una numerosa concurrencia Mr. Roosevelt pronunció anoche un gran discurso, exponiendo su programa político. Atacó violentamente á Mr. Taft y se presentó como campeón del pueblo contra la Liga de los intereses privados, que Mr. Taft representa.

La columna Gourand.—Las negociaciones.—Los sindicalistas.—Carta del almirante Beresford

Paris, 18 (6^o35).

Comunican de Fez á *L'Echo de Paris* diciendo que Gourand está acampado en Ued-rhiana. Emisarios de las tribus han declarado que se someterían si los franceses se alejaban. En las montañas hicieron algunas descargas. Temese un ataque.

Le Journal dice á propósito de las negociaciones franco-españolas que el examen de los puntos litigiosos puso en evidencia una divergencia de criterio absolutamente general.

En El Havre se está librando la batalla sindicalista. La orden de la huelga nacional ha sido promulgada en todos los puntos de Francia. El miércoles por la mañana se hará efectiva. El mismo llamamiento se ha hecho á los empleados de los almacenes.

Comunican de Londres que los periódicos publican una carta del almirante Carlos Beresford protestando contra la orden dada á los buques del Mediterráneo.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta»

Madrid, 18 Junio (10 mañana)

La Gaceta publica:

Decretos de Gracia y Justicia firmados ayer por el rey, entre ellos uno nombrando

para una canongía de Barcelona al doctor don Jaime Cararach é Iborra, deán de la de Lérida.

Decreto disponiendo que el vicealmirante don Francisco Chacón quede en esta corte para eventualidades.

Real orden circular disponiendo se tenga en cuenta la instrucción que se publica para la admisión de voluntarios con premio con destino á los diferentes Cuerpos y unidades de las plazas de Africa.

Real órdenes nombrando los tribunales para los exámenes de aptitud á plazas de secretarías de Diputaciones provinciales y de contadores de fondos provinciales y municipales y jefes de sección de presupuestos y cuentas municipales en los gobiernos de provincia.

Relación de los doce aspirantes á tenientes del Cuerpo de seguridad admitidos por las Juntas entre los presentados al concurso anunciado por real orden de 15 de Febrero del año actual.

Real orden sobre provisión de las cátedras de Arabe vulgar de las Escuelas de Comercio.

Resolviendo el expediente incoado sobre cesión al Ayuntamiento de Alcuñá (Balears) del recinto amurallado de aquella ciudad para el derribo del mismo.

Viaje aplazado.--Más mitines.

Madrid, 18 Junio (10 mañana).

El viaje que tenía proyectado don Melquiades Alvarez á Zaragoza lo ha aplazado hasta el otoño, para después del mitin que plaasa celebrar en Barcelona en aquella época.

El domingo y lunes próximos celebrará, probablemente, un mitin de conjunción en Calatayud y otro reformista en Tarazona.

Declaraciones de la hija del doctor Rubio.

Doña Sol Rubio, hija del fundador del Instituto Rubio, ha dirigido á la Prensa las siguientes declaraciones:

«1.ª Las enfermeras de la Escuela de Santa Isabel de Hungría, creadas para un fin puramente técnico de auxilio manual en la asistencia médico-quirúrgica, sólo son laicas en el estricto sentido de no formar una Orden religiosa; pero son católicas por voluntad del fundador y según los reglamentos fundacionales é instrucciones escritas é impresas por el fundador.

2.ª Lo declarado y aprobado en la ya célebre junta general es que en el Instituto Rubio las enfermeras son incompatibles fundacionalmente con toda otra institución extraña, las cuales en ninguna forma pueden tener allí legalmente acceso, y

3.ª Lo mismo el reemplazo de las enfermeras en el Instituto que la coexistencia en él de éstas y de otras personas de una orden monacal fueron dos propuestas sucesivas de las atacantes de la voluntad del fundador y no de quienes defienden el cumplimiento de ésta con sujeción á la ley y á la equidad.»

Huelga terminada.--La escuadra española:

Sevilla.—La huelga de Dos Hermanas puede considerarse extinguida. Cada día entra al trabajo mayor número de obreros.

Ferrol.—Comunican de Cartagena que en el mes próximo visitará los puertos del Cantábrico la escuadra, acompañada de los nuevos torpederos construídos por la Sociedad Española.

El conflicto ferroviario.

Málaga.—Vuelve á reproducirse el conflicto de los ferrocarriles andaluces.

Los obreros del depósito de máquinas, que estaban disgustados por la intromisión de cinco esquiñoles procedentes de la última huelga, hicieron ayer un paro y quedaron en el taller hasta que el director pidió auxilio al gobernador civil para que lo abandonaran. Desde el taller se dirigieron al local social.

Por la tarde abandonaron el trabajo los demás compañeros de todos los talleres.

Se teme que surja nuevamente la huelga general.

El gobernador ha celebrado conferencias con el director de la Compañía y con los obreros.